

EL GENERAL PÁEZ EN EL DIARIO DE SIR ROBERT KER PORTER

Rafael Arráiz Lucca (*)

Introducción

En el presente trabajo se ubican y estudian las observaciones, comentarios y juicios que el diplomático británico Sir Robert Ker Porter ofrece en su diario acerca de la figura histórica del general José Antonio Páez. Su **Diario de un diplomático británico en Venezuela, 1825-1842**, traducido al español por Teodosio Leal y publicado en Caracas en 1997, es la fuente principal y única de este ensayo académico.

El período de residencia de Porter en Venezuela se extiende de 1825 a 1842, años en los que por causas inherentes a su trabajo tuvo relaciones de Estado y personales con los personajes centrales de la Venezuela política de aquel entonces. Entre esos personajes, además de la figura histórica de El Libertador, Porter convivió con el general Páez a lo largo de etapas fundamentales de su realización histórica.

Nos ha parecido pertinente detenernos en los apuntes que Porter efectúa en relación con el general Páez y su participación en los hechos de su tiempo, así como en aquellos comentarios que contribuyen a comprender mejor la personalidad del héroe venezolano. Pero antes de adentrarnos en la trama del diario del diplomático nos ha parecido conveniente pulsar otras opiniones autorizadas de la historiografía nacional acerca de la figura histórica del general Páez.

Antes, también, nos detendremos someramente en la personalidad de Porter, sus orígenes e importancia, valiéndonos del prólogo que para esta primera edición en español escribiera el profesor Malcolm Deas, *fellow* del *Saint Antony's College* de la Universidad de Oxford, y autorizado latinoamericanista.

(*) Escritor. Profesor titular de la Universidad Metropolitana. Abogado. Autor de diversos libros de poesía, entrevistas y ensayos. Columnista permanente del diario El Nacional.

Finalmente, intentaremos algunas conclusiones sobre la base del cumplimiento de los objetivos que nos hemos propuesto, los que pueden resumirse en el señalamiento de particulares observaciones por parte de Porter, que contribuyan con la mejor comprensión de la figura histórica de Páez. La metodología que hemos seguido es muy simple: hemos ido seleccionando de entre la significativa cantidad de apuntes cronológicos del diario, aquellos que han brillado ante nuestros ojos por su valor historiográfico, entendiendo este valor en un sentido amplio, de allí que las observaciones y juicios pueden versar sobre la conducta del general Páez, o sus proceder cotidianos, hasta los asuntos propios de la dinámica republicana que Porter por algún motivo destaca.

En cuanto a los criterios de selección de los hechos, de entre el laberinto de anotaciones del diplomático, pues nos hemos guiado por las sabias observaciones de uno de los más reconocidos historiadores contemporáneos, Edward H. Carr, recogidas en su libro ya clásico **¿Qué es la historia?**: “Solía decirse que los hechos hablan por sí solos. Es falso, por supuesto. Los hechos sólo hablan cuando el historiador apela a ellos: él es quien decide a qué hechos se da paso, y en qué orden y contexto hacerlo.” (Carr, 1999: 54) Más adelante, el mismo autor, enriquece aún más la afirmación emitida, señalando: “El historiador es necesariamente selectivo. La creencia en un núcleo óseo de hechos históricos existentes objetivamente y con independencia de la interpretación del historiador es una falacia absurda, pero difícilísima de desarraigar.” (Carr, 1999: 55)

I

¿Quién era Sir Robert Ker Porter?

Sir Robert Ker Porter, según nos informa Susan Berglund en la entrada correspondiente del **Diccionario de Historia de Venezuela**, editado por la Fundación Polar, era un diplomático de Gran Bretaña que, además, se había formado como pintor en la Real Academia de Pintura de Londres, en donde a los quince años recibió un reconocimiento por sus dotes pictóricas. Por su oficio de pintor fue invitado por el zar Alejandro I a Rusia, con el objeto de pintar “algunos murales”. En San Petersburgo el destino le llevó a concertar matrimonio con la princesa María Sherbatoff, pero entonces Napoleón venció en Friedland y se aliaron Rusia y Francia, lo que lo condujo de nuevo a Inglaterra para enrolarse en el ejército y partir hacia España, para participar en la campaña del norte de la península ibérica.

Concluido su episodio de soldado regresó a Rusia y entonces sí contrajo matrimonio con la princesa, al tiempo que publicó su primer libro. De modo que a sus dotes de pintor se sumaban ahora las del escritor, y muy pronto su

curiosidad encontró cauce en la aventura viajera, a la que se entregaba como pintor y escritor, en su condición de caballero investido por el Príncipe Regente. Persia y Mesopotamia fueron algunos de sus destinos de expedicionario, hasta que de vuelta a Inglaterra, en 1825, es nombrado Cónsul de Gran Bretaña en Caracas, plaza en la que permanece hasta 1841, fecha en la que se traslada a su soñada San Petersburgo, para fallecer en 1842.

En el prólogo que el profesor Malcolm Deas firma en la edición venezolana, considera al **Diario** de Porter “la gran obra de su vida, la de más interés que cualquier otra producción suya, literaria o pictórica”. Líneas antes ha apuntado: “Ningún hombre escribe un diario durante quince años sin revelar su carácter, no importa cuál sea su propósito al escribirlo.” (Porter, 1997:24). En el mismo párrafo el mismo Deas ofrece un retrato del viajero, pintor y diplomático inglés, señalando: “Talentoso, incierto de vocación, un poco *snob*. Sus afectos estaban dirigidos más a su madre y a sus hermanas, que a su esposa e hija. Era poco apasionado, aunque sensible y nada mojigato. Ojo de artista: gozaba siempre del paisaje y de la naturaleza. Era metódico, trabajador, muy competente en su oficio, dueño de una buena rutina de vida. Tenía sentido de su propia dignidad y rango, pero templado con mucha humanidad y curiosidad por las vidas ajenas, aún aquellas de los humildes. Demuestra tener una dosis de humor no muy grande, pero perceptible y, de vez en cuando, sentido de lo ridículo. Era poco religioso, anticatólico, pero también ajeno a los entusiasmos protestantes.” (Porter, 1997: 24)

Las descripciones de Deas nos dibujan un típico personaje de su tiempo, británico, y ello ya supone un conjunto de características particulares, pero también nos habla de un caballero extremadamente puntual y celoso en cuanto a sus obligaciones. De otra manera no puede entenderse la meticulosidad con que adelanta su **Diario** durante varios años. Porter se sobreponía con temple al tedio que significaba para él la vida caraqueña y, probablemente, aunque no lo dejó escrito, pensaba para sus adentros que el destino cónsono con su estatura estaba en alguna corte europea, y no en este país suramericano castigado por el “calor y los zancudos”. Esta suposición que se dibuja en mi mente no es fruto de una especulación sin fundamento: demasiadas veces a lo largo de su **Diario** se queja del tedio, en una ciudad donde no pasa nada, y los días transcurren en medio de la humedad del bochorno. Con ello, el perfil de este caballero se hace más nítido: el contraste entre su personalidad, tallada para la negociación palaciega, y el trámite diario con los caudillos regionales, ilumina con claridad la incomodidad que lo sometía en Caracas. Sin embargo, no puede afirmarse que su **Diario** sea una suerte de anticipación masculina de la “señorita que se fastidiaba” de Teresa de la Parra. Lo he dicho antes: la dedicación y el profesionalismo con que Porter se afanaba en sus asuntos de testigo diplomático están fuera de toda sospecha.

II

El héroe en algunas opiniones de la historiografía nacional

En este capítulo nos dedicaremos a pulsar las opiniones que sobre el general José Antonio Paéz se hallan en la historiografía venezolanista. El orden en que ofrezco estos juicios es cronológico, en el sentido en que respeto el orden de publicación de estas observaciones.

La primera que se alza ante nosotros es un pasaje de José Gil Fortoul, en su **Historia constitucional de Venezuela**, en el que deslinda entre la personalidad de José Tomás Boves y José Antonio Paéz, afirmando: “Uno y otro empiezan con cerebros oscuros. Pero el cerebro de Boves se queda oscuro cuando el cerebro de Paéz se va poco a poco iluminando. Aquél es siempre el mismo, hasta su muerte; el otro se transforma. El uno nació para odiar y vengarse; del vientre de su madre vino con instintos de bárbaro incivilizable. Del vientre de su madre trajo el otro la propensión a civilizarse, a servir a sus semejantes, ya al fin se convence de que más arriba del instinto está la idea, sobre la pasión baja la conciencia alta, sobre el interés momentáneo el ideal permanente... En ciertos hombres parece revivir la tierra primitiva, con su violencia ciega, sed de hambre, hambre de venganza, voluptuosidad de ver sufrir. Así el asturiano incivilizable. En otros hombres, aun nacidos en la cuna más humilde, predomina la piel fina, la mirada leal, el gesto elegante, la tristeza de lo malo, la dulce alegría del bien. Así el llanero de nombre inmortal...” (Gil Fortoul, 1979: 437,438)

Como se desprende del párrafo citado, Gil Fortoul incurre en la práctica, bastante común por lo demás, de comparar la figura histórica de Paéz con la de Boves. Esta comparación ha estado a la orden del día, ya que ambos personajes vienen de orígenes sociales similares y, sin embargo, sus destinos resultaron diametralmente opuestos. Pero el juicio de Gil Fortoul destila moralina, de allí que se vea seducido por la construcción dicotómica entre el “bueno” y el “malo”, el que abraza la causa realista y el que abraza la republicana, el de buena índole y el de índole “non sancta”. Algunos años después el novelista Rómulo Gallegos trabajó esta dicotomía dentro de la picarezca criolla en los personajes de “Vellorín, el bueno” y “Vellorín, el malo”. Es curioso cómo en las construcciones dicotómicas que abundan en nuestra historiografía y nuestra literatura, la de Paéz-Boves es distinta a la de Bolívar-Paéz, en una el llanero hace de “bueno” y en otra de “malo”, de modo que las oposiciones van a depender del personaje con quien se enfrente a Paéz. Este recurso es elocuente, pero puede ser también engañoso, ya que reduce a una dicotomía lo que en la realidad es bastante más complejo. Por otra parte, estas reducciones dicotómicas no hay duda de que son muy eficaces a la hora de fijarse en el imaginario colectivo.

Augusto Mijares también apela a la comparación Páez-Boves, aunque en sentido distinto a la de Gil Fortoul, veamos: “Y puesto que a menudo tendremos que censurarlo por su ambición de mando, que jamás abandonó y que ocasionó más tarde funestas situaciones, es justo que insistamos ahora en destacar las virtudes mediante las cuales logró elevarse, siempre que tuvo en sus manos el gobierno, a la altura de un verdadero hombre de Estado, ecuánime, accesible a las mejores influencias y en muchas ocasiones generoso y patriota. Ya había dado pruebas, sin duda, de esas virtudes desde el día en que, improvisado jefe de las montoneras que lo seguían como habían seguido a Boves, las llevó al servicio de la causa republicana, primero; poco a poco, después, al de la verdadera República institucional.” (Mijares, 1993: 92,93). Don Augusto se detiene más en señalar las virtudes republicanas de Páez, y sus condiciones de hombre de Estado, siempre recordando que llega a detentar estas virtudes, habiéndose superado desde las instancias más simples de la sociedad hasta las más complejas del poder. “Ecuánime, generoso, patriota” son algunos de los adjetivos con que Mijares distingue a Páez. Al hacerlo se esmera en apuntar valores civiles más que militares. Nótese que en este pasaje no hace el elogio de las virtudes guerreras del llanero que, como se sabe, no eran pocas, pero ha sido menester de buena parte de la historiografía señalar lo menos evidente: que Páez fue un “hombre de Estado”, además de un “hombre de armas”. Quizás este esmero tenga su fundamento en la necesidad de matizar y complejizar el arquetipo que el propio Libertador contribuyó a crear al distinguir las habilidades de lancero de Páez, a quien llegó a considerar el “mejor del mundo”. Lo cierto es que quienes estudian su personalidad y sus ejecutorias indican con mayor feracidad sus valores de estadista que los que forman parte de su leyenda guerrera.

Sin embargo, no podemos olvidar que Mijares está haciendo la lectura de Páez desde la distancia histórica, quizás si su lectura se ciñese al tiempo histórico del llanero, pues seguramente consideraría en primer lugar sus dotes guerreras, cosa que el historiador John Lombardi hace con precisión. Señala el norteamericano: “En una comunidad orgullosa de su dominio de la equitación, de su capacidad de resistencia, de su conocimiento de la vida en las llanuras y de su valor no podía mandar ningún petimetre de la ciudad, por muy valiente que fuese. Los líderes tenían que ser tan rudos, valientes, implacables y capacitados como sus seguidores. La raza, la clase, la educación y la inteligencia podían dar la oportunidad de alcanzar el liderazgo, pero el requisito indispensable para ello era la capacidad de vencer al llanero en sus juegos y de competir con él en igualdad de condiciones. Por este motivo los dos principales líderes de los llaneros, José Tomás Boves y José Antonio Paéz, fueron figuras de transición. Exiliados ambos de la sociedad urbana por actividades ilegales, estos miembros de la clase blanca marginal contaban con la educación y la inteligencia precisas para mandar. Por otra parte, su experiencia de proscritos en los

llanos antes de la guerra les había capacitado para vivir de acuerdo con las normas de la comunidad llanera. Poseedores de las habilidades y perspectivas de ambos mundos, el del llanero nómada y el más amplio de Venezuela y del imperio español, estos caudillos populares movilizaron a sus llaneros para la lucha.” (Lombardi, 1985: 145)

Aquí Lombardi introduce un deslinde fundamental. Me refiero al de la sociedad rural y la urbana. En verdad, en una sociedad en trance bélico como era la venezolana de los tiempos de la guerra de independencia, las habilidades del guerrero, y especialmente las del lancero llanero, eran las definitivas. La competencia no se decidía en el aula universitaria, ni en el púlpito eclesiástico, ni en la tribuna parlamentaria, la diferencia residía en el combate, y en quienes estaban mejor capacitados para darlo en terrenos agrestes, salvando ríos, sobreviviendo a la intemperie, y en ese terreno Páez demostró ser invencible, así como fueron determinantes para la libertad de Venezuela la tropa llanera comandada por el general portugués.

No menos interesante es el señalamiento de Lombardi acerca de la condición de expulsados de la vida urbana que compartían Boves y Páez, aunque la analogía merece mayores distinciones: el extrañamiento de la ciudad por parte de Páez no es del mismo tenor que el de Boves, hay matices que no podemos en este momento dilucidar por razones de espacio y de pertinencia. Al margen de la aclaratoria, ciertamente lo que hace fuerte a estos personajes es su dominio del medio y su conocimiento profundo del gentilicio que batalla en ese espacio determinado. Pero esta observación de Lombardi no es estática, el autor luego acompaña el crecimiento de Páez, desde su condición “casi salvaje” hacia su estatura de hombre de Estado.

Este tránsito, por cierto, lo precisa con elegancia Edgardo Mondolfi en su prólogo al título **Páez, las razones del héroe**, sigámoslo: “La evolución política de Páez es de una fascinación casi obsesiva. Comienza como autoridad respetada por ciertos lazos oscuros de obediencia o por una especie de adhesión al jefe que comparte el estilo de vida de sus hombres, y termina en la odiosas circunstancias que lo hicieron asumir la Dictadura. Esta situación tan cambiante y pródiga en consecuencias podría resumirse en tres etapas que reflejan tres estilos de coexistir con las instituciones bajo la orientación de tres consejeros diferentes: Miguel Peña, Angel Quintero y Pedro José Rojas.” (Mondolfi, 1990: 11)

Si Mijares señala las condiciones de “hombre de Estado” de Páez, ahora Mondolfi nos brinda tres claves para tres períodos políticos distintos del avatar paecista. Me refiero a los tres asesores principales del general en su trance de conductor de república. Tres civiles, con conocimientos jurídicos e históricos,

dependiendo del caso, que vinieron a complementar la aventura paecista en su faceta más desguarnecida. Habría que añadir un cuarto asesor, Barbarita Nieves, su concubina de tantos años que, según algunos historiadores, fue determinante en el pulimiento cultural del llanero. De modo que aquella hipérbole desde la condición de jinete, aficionado a las peleas de gallos y al juego de cartas, hasta el gobernante al que no le son ajenos los asuntos republicanos y de la cultura, no la trazó en solitario el portuguenseño. No sería aventurado pensar que la autoridad de Páez se talló en el campo de batalla, primero, y desde allí fue ascendiendo hacia el salón y el escritorio, sin que por ello abandonase la cabalgadura y la destreza física, que tanto ascendiente le dieron sobre sus tropas.

Visto a la distancia es comprensible que aquel hombre dotado para varios frentes de batalla, fuese quien lograra imponerse en una Venezuela desgarrada por la escaramuza de los caudillos, y la consecuente fractura regional. Es esta autoridad telúrica la que logra imponerse, como bien lo señala Antonio Arráiz en su libro **Los años de la ira**, en el que recoge sus ensayos sobre el siglo XIX, ensayos en los que se esmera en la contabilización de las batallas, los días de guerra y los de paz, como nadie antes lo había hecho: “De este modo Páez sofocó las revoluciones grandes y pequeñas e impuso su autoridad. Bajo su égida se desarrollaron, además, los gobiernos de Soublette, Vargas, Narvarte y Carreño. En 1830 hubo tres movimientos armados y 120 días de guerra; en 1831 otros tres y 319 días de guerra. Ya en 1832 hubo 351 días de paz, sólo turbada por la rebelión de los esclavos de Coro, que duró 15 días. En 1833 hubo 300, y en 1834 hubo 340 días de paz. Este último año comenzaron las perturbaciones que culminaron con la revolución “de las reformas”. En 1838 ya el país había recobrado casi completamente la normalidad: sólo sucedió el levantamiento de Juan Cordero, que duró 25 días. De 1839 a 1843 Venezuela disfrutó de paz completa y constante. En 1844 y 1845 hubo pequeñas asonadas, que no duraron en conjunto más de 50 días.” (Arráiz, 1991: 43).

De modo que la auctoritas paecista estuvo siempre puesta a prueba: no faltaron quienes en tiempos de sus gobiernos le discutieran la jefatura y lo retaran a arbitrarla por medio de las armas, pero por lo general fueron derrotados en su empeño, bien por la vía de las armas y la ingeniosidad guerrera, bien por vías constitucionales, ámbito en el que sus asesores rindieron sus frutos, cuando no incurrieron en errores, cosa que también ocurrió.

Con una visión más panorámica, pero no por ello menos concluyente, Manuel Caballero en su libro **De la “Pequeña Venecia” a la “Gran Venezuela”**, traza en pocas líneas uno de los aportes centrales de la obra de Páez. En el párrafo citado Caballero viene refiriéndose al variopinto grupo caudillista que amenazó de muchas maneras la estabilidad institucional a lo largo del siglo

XIX y, en buena medida, dificultó enormemente la consolidación republicana. Pero también señala que la estabilidad que se logró sólo pudo alcanzarse en razón de la autoridad de un hombre: “En el primer caso los ayudó la muerte, llevándose a Simón Bolívar el 17 de diciembre de 1830; en el segundo, sólo podía meter en cintura a aquellos militares ambiciosos un poder semejante a la Corona. De eso se encargaría entonces el más prestigioso y el más fuerte de los libertadores, quien desde 1821 ya dominaba en Venezuela: José Antonio Páez.” (Caballero, 1999: 50).

Nos recuerda Caballero que la autorictas paecista se funda, también, en su esencial condición libertadora. No ignoraban los venezolanos que el triunfo de la batalla de Carabobo hubiese sido imposible sin la participación de los llaneros comandados por Páez, sin que este hecho indudable nos haga olvidar la participación de la Legión Británica, mayoritariamente integrada por irlandeses. De modo que si el prestigio de Bolívar, simbolizado en su título de Libertador era indudable, también el de Páez lo era. No olvidemos que la obra de satanización de la figura histórica del llanero es posterior a estos años en que sus poderes simbólicos eran ingentes, por más que algunos herederos ideológicos de Bolívar se esmeraran en estigmatizarlo con la sospecha de traición de los sueños del Libertador. ¿Cómo dudar entonces y ahora de su participación decisiva en la gesta independentista?

En suma, en estas opiniones halladas en pasajes de la historiografía nacional, advertimos el señalamiento de sus considerables dotes guerreras, así como la comparación que resalta su figura ante la de Boves, por una parte. Y por la otra, el interés manifiesto de destacar las virtudes republicanas y de hombre público de Páez, así como la radical importancia de su papel en la historia, en aquel período de conformación del Estado Nacional. Acerquémonos ahora a las observaciones del diplomático británico que dio origen a este ensayo académico.

III

El héroe visto por un diplomático británico

La pesquisa que haremos en el **Diario** de Porter se ofrecerá en secuencia cronológica, con ello se advertirá cómo la amistad entre el diplomático y el general va *in crescendo* y, también, se advertirá el grado de comprensión cada vez mayor por parte del diplomático, tanto de la realidad venezolana como de la personalidad del general Páez. Al principio del **Diario** la mayoría de las observaciones de Porter acerca de las figuras centrales de la dinámica política venezolana se refieren a Simón Bolívar, por razones obvias. Luego, cuando El

Libertador abandona el territorio venezolano y se desplaza hacia Bogotá y otras capitales andinas, el eje del acontecer nacional es el general Páez, con quien Porter va a cultivar una amistad que llegó a ser estrecha, al punto que tanto uno como otro dan fe de un afecto que fue bastante más allá de las relaciones diplomáticas, para adentrarse en el terreno de las relaciones personales. De modo que las observaciones de Porter, sobre todo en su etapa final venezolana, acerca de Páez, no son sólo las observaciones de un diplomático de un país amigo, sino las de un amigo con quien se han sostenido encuentros de manera frecuente.

Además, es importante precisar que sus observaciones se centran en el período que va de los 35 a los 52 años del prócer, correspondientes a los años de permanencia de Porter en Venezuela: 1825-1842, de modo que se trata de la etapa en que Páez va abandonando su juventud para adentrarse en la madurez, pero en ningún caso sus años de senectud.

Bajo la entrada "*sábado 24 de noviembre de 1827*" Porter se refiere a los toros coleados y le dedica un largo párrafo a la descripción del juego, para luego afirmar: "El Jefe Superior de Venezuela, como todos sus compatriotas, no puede resistir esta clase de diversión, ni escarmienta nunca. Hace unas semanas, cuando le acompañaba a Los Teques, pasamos un rebaño de bueyes y toros por la carretera. En medio de nuestra conversación, en traje de gala y 'montado como iba', espoleó su caballo y repentinamente se lanzó sobre el rebaño y en un santiamén una noble bestia estaba patas arriba por ser dueña de una cola, y el general contento con su manía de llanero." (Porter, 1997: 281).

Esta observación ocurre al principio de la frecuentación de la amistad, cuando Porter aún se encuentra en estado de estupor por las prácticas y conductas de los venezolanos. Para un hombre formado en Inglaterra y en las cortes europeas, resultan difíciles de trasegar estas aficiones del "pueblo llano" en un hombre de Estado. Sin embargo, el comentario más que reprimenda constituye una típica observación inglesa: amable, pero irónica; respetuosa, pero incisiva.

Por otra parte, revela de manera simple, y sin el aura mitológica acostumbrada, la personalidad del general Páez, en particular su raigambre llanera. También, da cuenta de un deporte o una práctica que, según Jorge Luis Borges, es exclusiva de Venezuela. De hecho, en la única visita que Borges efectuó al país, solicitó presenciar unos toros coleados, y el gobierno de entonces, de Luis Herrera Campíns, lo complació con un evento de esta naturaleza en el Club Los Cortijos de Caracas. Los toros coleados despertaban en Páez un fervor pocas veces observado en otras actividades.

Sábado 16 de febrero de 1828: “El general Páez vino esta mañana a las 8, y empecé un dibujito de él como pareja del que había hecho de Bolívar.” (Porter, 1997: 310)

Esta breve nota da cuenta de las tareas pictóricas de Porter, pero también de la conciencia de Páez de su importancia histórica. Nadie que no se considere con entidad se somete a la inmovilidad del retratado. Posar para un retrato supone estar quieto, con la mirada fija en algún punto, y con un atuendo adecuado para la cita de la inmortalidad. De modo que el jinete que corre detrás del toro, es el mismo que posa frente al retratista. También hay que considerar que el retrato será pareja del de Bolívar, cosa que para Páez entonces representa un halago: de alguna manera lo equipara a la figura histórica del Libertador. También la escena denota que la amistad entre ambos comienza su ascenso.

Miércoles 23 de junio de 1830: “El general Páez dice que, en varias comunicaciones recibidas de Bolívar, le da a entender que todos sus amigos, con los sentimientos unidos de la mayoría del pueblo del reino y del Sur, le exhortaban a asumir la corona y que él (Bolívar) tenía bien fundadas seguridades de que Inglaterra (país en cuya aprobación y apoyo más confiaba) también tenía deseos de que se estableciera una forma monárquica de gobierno; que, dadas las circunstancias, rogaban al general Páez que sondease al pueblo de Venezuela sobre este tema porque, por lo que a él respectaba, a pesar de cualquier repugnancia y sentimiento profundo que pudiera tener en contra, estaba dispuesto a hacer este sacrificio adicional por el bienestar del país, en caso de que resultase ser el deseo general de toda la nación. En cuanto a la seguridad a la que aquí se alude, en relación con los deseos europeos, se decía que existía la aquiescencia oficial tanto del encargado de negocios de la Gran Bretaña como del agente político francés.

No obstante si la voz del pueblo se declaraba opuesta al proyecto, Bolívar sugería que Colombia se dividiera en tres secciones, cada una de ellas con un presidente propio así como una legislatura distinta, pero que él sea investido del mando permanente de sus ejércitos consolidados, con el título y atributos de generalísimo. A todo esto el general Páez respondió a s.e. con su acostumbrada firmeza y franqueza, junto con sentimientos amistosos desaprobando *in toto* el plan de monarquía y el del generalato absoluto.” (Porter, 1997: 409)

Esta anotación del diplomático es de particular importancia. No sólo certifica las intenciones del Libertador, sino que hace aflorar la opinión de Páez en relación con los planes absolutistas de Bolívar, en particular los referidos a la monarquía y al generalato absoluto. Es de anotar, por otra parte, el juego de espejos que trama la información: Páez alude a cartas de Bolívar, donde este a su vez alude a sus amigos y a la voluntad del pueblo como fuente de lo que va a proponer y, finalmente, le refiere los hechos a Porter, y este los transcribe en

su **Diario**. Como se ve, la cadena es larga y sinuosa, pero no por ello de dudosa procedencia y, verdaderamente, coincide de manera fidedigna con la posición de Páez en relación con los proyectos bolivarianos.

Lo sorprendente es la claridad con que está resumido un problema complejo y de enorme importancia para Venezuela. Una anotación como ésta da mucha tela para cortar y, verdaderamente, sobrepasa las posibilidades de este trabajo, pero no dejo de señalar que enriquece la comprensión que podamos tener de las posiciones de Bolívar y de Páez para aquel momento crucial, en el que el futuro del proyecto grancolombiano está en trance, y da muestras de vitalidad el proyecto nacional que terminó por imponerse en manos de Páez, desde antes de la muerte de Bolívar.

Viernes 30 de septiembre de 1831: “Vamos a ver en los próximos diez o doce días el resultado de la condescendencia de s.e.; y creo que debe ser la primera vez en la historia que el gobernante supremo de un estado o reino haya ido a ofrecer en persona la paz y amistad personal a un asesino y ladrón, llamándole amigo mío y compadre, considerándose esto último en estos países como un vínculo más sagrado que los de la sangre, religión u honor.” (Porter, 1997: 491)

Esta anotación alude a la forma como el general Páez neutralizó al bandido Cisneros, apelando a los lazos de amistad existentes entre ellos. Pero lo que en nuestras tierras no asombraría demasiado, para un diplomático británico resultaba sorprendente. Con el apunte también se destaca la magnanimidad de Páez, así como sus dotes para la negociación, dotes que pasan por encima de los rigores de la investidura del cargo. Se hace evidente con esta anotación que para Páez era más importante resolver el asunto Cisneros, su pacificación, que enfrentarlo con las armas, en terrenos en los que el bandido se movía con destreza. Sacrifica la distancia de la autoridad y va en busca del acuerdo, tendiéndole la mano al viejo amigo, con lo que acrecienta su crédito de estadista y de negociador, estrategia siempre preferible a la de las armas. Aquí se revela un Páez dotado para el gobierno, que sabe valerse de recursos personales para alcanzar sus objetivos.

Jueves 17 de mayo de 1832: “El general Páez no ha regresado. Sé que detesta esta capital así como su gran cantidad de habitantes, pero aún así debería manifestar algo más de interés por el mantenimiento del sistema que ha promovido, así como un poquito de sacrificio de sus comodidades domésticas llaneras, y pasatiempos”. (Porter, 1997: 527)

En este mínimo reproche lo que nos importa más no es el reproche mismo, sino el dato acerca de la animadversión de Páez por Caracas, cosa que viene a corroborar Porter. No sólo prefirió a Valencia, donde además se entregaba a

las mieles del afecto de su concubina, sino que prefería distraer el tiempo, siempre que pudiese, en su hatillo llanero. Curiosa combinación: si bien es cierto que sus costumbres llaneras lo devolvían a su escenario natural, no es menos cierto que la política, en cuanto asunto de la ciudad, no le era ajena, y buenas pruebas dejó de que sabía manejarse en estos ambientes. Pero, a fin de cuentas, como desliza Porter, detestaba a la capital. Seguramente se veía compelido a fingir y a desarrollar actividades por las que no sentía simpatía.

Miércoles 17 de octubre de 1832. “Tiene unos 39 años, pero parece muy destrozado por su modo de vida y por varias heridas graves recibidas en el curso de su carrera depredadora. Qué cambio singular parecen haber producido en este bandido la clemencia y la buena fe. El general Páez, con estos medios, ha realizado lo que el general Bolívar, con todos sus talentos y grandeza trascendentales, no pudo conseguir, después de intentarlo año tras año por la fuerza y la argucia. Estos fueron los medios que empleó el Libertador contra este azote de Venezuela durante diez años, en los que se gastaron decenas de miles de dólares en la persecución del bandido, además de miles de soldados destrozados en la lucha: todo en vano, todo. De modo que el actual fundador de nuestra nueva república, ¡bien merece que se le llame igualmente Libertador de su país! Habiendo satisfecho mi curiosidad y excusándome de asistir al bautizo, me ausenté”. (Porter, 1997: 551)

De nuevo alude Porter a la pacificación de Cisneros, pero esta vez añade la comparación entre los métodos de Bolívar y los de Páez, para la neutralización del bandido e, incluso, se permite abogar por el título de Libertador para Páez, con la misma justicia con que se le confiere a Bolívar. Además, desliza la condición de fundador de la república que, en justicia, se merece el general llanero. Destaca, también, el cambio que se ha producido en Cisneros, y se lo atribuye a dos virtudes de Páez: la clemencia y la buena fe. Como vemos, Porter ya está ganado por la figura histórica de Páez, y aquellas prevenciones iniciales acerca de sus costumbres un tanto bárbaras, han ido cediendo ante el peso de las virtudes que el británico le atribuye.

Viernes 9 de noviembre de 1832. “Iba vestido bien a la llanera: camisa corta de lino a rayas rojas, suelta por encima de un par de calzoncillos blancos. Llevaba la cabeza cubierta por un sombrero castaño oscuro de pelo de castor y ala ancha, bajo el cual asomaba su abundante cabello negro rizado, y sus cejas y mostachos oscuros daban a su cara un carácter muy marcado, mientras su persona (así cambiada de aspecto y vestimenta) más corpulenta que hacía seis años, me recordaba mucho, en sus rasgos generales, los retratos históricos de nuestro Enrique VIII”. (Porter, 1997: 565)

Esta anotación revela la mirada pictórica de Porter. Su descripción es plástica, minuciosa en cuanto a la indumentaria y en cuanto al aspecto físico, y la

comparación con Enrique VIII alude al porte corpulento de Páez, pero la figura histórica imperial que escoge para compararlo también constituye una forma indirecta del halago. El sombrero al que hace referencia ha debido ser un Pelo de Guama: objeto típico del llano. Tan sólo añado que me sorprende que no haga mención a las canas que ya para entonces han debido anunciarse en la cabeza del general, pero ello puede ser consecuencia de una cierta idealización del personaje.

Miércoles 21 de enero de 1835: “ El general Páez ha publicado el discurso a sus conciudadanos, que hace honor a su fama como el más intachable patriota y el menos ambicioso de los hombres; y digo sin ambición porque tenía los medios y el respaldo de la gente más importante para seguir en el poder, pero ha demostrado ser lo que siempre pensé, un hijo honrado y puro de la libertad y la verdadera independencia.” (Porter, 1997: 680)

Porter se refiere a la entrega del poder por parte de Páez al doctor José María Vargas, ya que su período vencía en enero de 1835, y en elección de segundo grado se eligió para el período 1835-1839 al doctor Vargas. La calificación de “el más intachable patriota y el menos ambicioso de los hombres” se refiere a la circunstancia, cierta, según la cual Páez ha podido hacerse reelegir, pero apoyó a su entrañable amigo el general Carlos Soublette, que salió derrotado en la elección y, sin embargo, cívicamente le entregó el mando al doctor Vargas.

Jueves 19 de abril de 1838: “Aniversario de la independencia de Venezuela en 1810. El acostumbrado Tedeum en la catedral, desde donde el ejecutivo, acompañado por el general Páez, el cuerpo diplomático y todas las autoridades, fue a la iglesia de San Francisco, donde Su Excelencia el Vicepresidente, después de un discurso apropiado, entregó a Páez la espada de oro, que vale 1.000 guineas, y que la nación le otorga por sus gloriosos servicios e incansable patriotismo. ¡El discurso de respuesta del héroe fue hermoso, enérgico y digno de él y de sus actos! Todo terminó con un *déjeuner a la fourchette* en casa de Soublette, y creo que los comensales no fueron menos de 300. Brindis con torrentes de champaña y largos discursos como siempre. Espero los detalles de todo ello, que adjuntaré a este vacío diario.” (Porter, 1997: 826)

El general Páez regresa al poder en 1839, de modo que en tiempos de la celebración que refiere Porter ya asomaba sus deseos de ostentar directamente el mando, y digo directamente porque el presidente Soublette pertenecía al entorno de poder de Páez y, en cierto sentido, sin desmerecer la autonomía posible de Soublette, lo cierto es que la influencia de Páez en los asuntos de Estado eran considerable o, dicho de otra manera, difícilmente se adelantaría algún proyecto sustancial sin su venia. La exclamación con que Porter celebra

el discurso de Páez revela que para entonces sus resortes críticos han sido vencidos ante la figura avasallante del héroe. *Martes 23 de octubre de 1838*: “Por la noche fui a casa del general Páez con M y Mme de la Palem, la familia Benedetti, el barón y el Conde. Pasamos una velada agradable. Las chicas Barbarini bailaron la cachucha y el Bolero. La más joven, Juana, es muy graciosa y bien formada. Páez está orgulloso de ellas, y lo mismo la Sra Bárbara, que es una excelente persona ¡¡Qué felicidad sería para Páez y Bárbara que la señora de Páez fuera a reunirse con sus antepasados!!” (Porter, 1997: 840)

Única alusión en el **Diario** a la situación marital del general, tomando partido por lo que era entonces evidente: que la compañera que lo acercaba a la felicidad no era precisamente su esposa, sino Bárbara Nieves, a quien cierta historiografía le atribuye el acendrado proceso de culturización de Páez.

Hasta aquí las anotaciones que sobre Páez estampó Porter en su **Diario**, y que he seleccionado por su interés particular, siempre buscando hallar en ellas sesgos que enriquezcan el perfil de la figura histórica del general Páez.

Conclusiones

La primera conclusión a la que podemos llegar es que en el **Diario** de Porter la figura histórica de Páez se humaniza. El dibujo de las costumbres llaneras que el británico advierte en Páez es una información de primera mano, que no está tamizada por el discurso mitologizante del héroe. De allí que estos apuntes constituyan una prueba documental valiosa de la afición a los toros coleados y las cartas, por parte de Páez, y ello representa una prueba más de su procedencia llanera y de sus costumbres cercanas al llamado “pueblo llano”, así como de sus atributos físicos, especialmente ponderados por Bolívar.

La segunda conclusión que se desprende de esta lectura es que, siendo un hombre de costumbres llanas, ello no fue óbice para que desarrollara un sentido de hombre de Estado a lo largo de su vida pública. Esto no debe olvidarse: en el **Diario** hay elogios a las virtudes de un hombre de Estado, y se señalan los motivos que conducen a Porter a hacer el elogio. Incluso Porter va más allá del señalamiento y halla virtudes que sobrepasan las requeridas para la condición de Páez y se detiene en aquellas que lo humanizan todavía más, me refiero al episodio de magnanimidad inteligente con Cisneros o al patriotismo en la entrega a Vargas, por citar sólo dos ejemplos.

Una tercera conclusión, aunque aclaro que éstas no responden a un orden jerárquico, sería la de la certificación que Porter expide sobre las diferencias

entre Páez y Bolívar. Esta es sumamente importante y, como dije en su momento, podría ser base de una reflexión posterior. Lo cierto es que el autor del **Diario** se arriesga a poner en boca de Páez una posición que lo distancia de las pretensiones “absolutistas” del Libertador, y ello debe considerarse en el marco de los elementos que condujeron a Páez a la separación de Venezuela del proyecto grancolombiano, junto con otros que el propio general Paéz fijó en su **Autobiografía**.

En líneas generales, los apuntes de Porter dibujan a un personaje central, de ninguna manera a un personaje secundario. Este personaje detenta sus propias observaciones y una particular visión del destino de Venezuela, así como una consustanciación estrecha con su pueblo. En particular, con el pueblo del llano que, además, ha sido determinante en la gesta guerrera de la independencia, y ese prestigio lo encarna el propio Páez: cabeza visible de ese gentilicio aguerrido.

También, aunque no lo dice expresamente, se lee entrelíneas a lo largo del **Diario**, que la figura histórica de Páez era entonces indispensable. La necesidad de la articulación del proyecto nacional, por parte de Páez, está siempre presente, y la consideración de él como eje de ese proyecto está siempre presente, también. Y si en un principio en los apuntes se trasluce cierta prevención por parte de Porter, a los pocos años la admiración por el héroe ya es completa, y deja muy poco espacio a la duda. La importancia de Páez como creador principal de la República de Venezuela no se pone en cuestión jamás.

Hasta aquí, pues, nuestra lectura del **Diario** de Porter y la pesquisa de las opiniones y observaciones del diplomático sobre el héroe venezolano. Muchos de los apuntes corroboran el perfil que la historiografía ha trazado del general, otros contribuyen a comprender mejor la personalidad del héroe. Todos contribuyen, en el mejor de los casos, con un mayor entendimiento de uno de los actores principales de la gesta independentista y, sobre todo, de la creación del Estado Nación venezolano.

Bibliografía

- Arráiz, Antonio. **Los días de la ira**. Vadell Hermanos Editores, Valencia, 1991.
- Caballero, Manuel. **De la "Pequeña Venecia" a la "Gran Venezuela"** Monte Ávila Editores Latinoamericana. Caracas, 1999.
- Carr, Edward H. **¿Qué es la historia?** Editorial Ariel, Barcelona, 1999.
- Deas, Malcolm. **Prólogo al Diario de un diplomático británico en Venezuela, 1825-1842**. Fundación Polar, Caracas, 1997.
- Gil Fortoul, José. **Historia constitucional de Venezuela**. Editorial Cumbre, México, 1979.
- Lombardi, John. **Venezuela: la búsqueda del orden, El sueño del progreso**. Editorial Crítica, Barcelona, 1985.
- Mijares, Augusto. **Venezuela Independiente, Evolución Político-Social 1810/1960**. Grijalbo, Caracas, 1993.
- Mondolfi Gudat, Edgardo. **Prólogo a Páez, las razones del héroe**. Monte Ávila Editores, Caracas, 1990.
- Páez, José Antonio. **Páez, las razones del héroe**. Monte Ávila Editores, Caracas, 1990.
- Porter, Robert Ker. **Diario de un diplomático británico en Venezuela 1825-1842**. Fundación Polar, Caracas, 1997.
- Varios Autores. **Diccionario de Historia de Venezuela**. Fundación Polar, Caracas, 1988.